

caso sólo podría añadirse no como corrección de autoría, sino más bien a modo de advertencia al lector moderno quien leyendo la tabla podría incurrir en errores. Pese a esto, a Labrador y Di Franco no se les escapa nada y si en la tabla no queda claro, se hace ya manifiesto desde el principio en el prólogo (p.13) y posteriormente puede corroborarse en el texto (pp. 488) y verificarse, una vez más, en las notas (p.693) o en el índice de autores (p.734), lo que prueba que es una edición perfectamente flanqueada, sólida, amurallada, con un itinerario perfectamente trazado.

Además de los índices ya mencionados resultan muy útiles el de nombres propios y, muy especialmente para los investigadores, el “Índice de poemas que comparte con otras fuentes”, estableciendo un listado de concordancias de todos los manuscritos o impresos antiguos que contienen las composiciones del March.

Ha de resaltarse también el apartado que contiene las notas. Estas, de nuevo, nos referencian la presencia del poema en las distintas fuentes y nos resuelven cuestiones particulares de las distintas composiciones tales como la autoría, la interpretación, en algunos casos, la tradición y difusión de las obras, aportando también una copiosa bibliografía al respecto, que aparecerá reflejada completa en apartado IV del volumen. Las notas se encuentran separadas del corpus textual, lo que contribuye a que el lector pueda realizar una lectura atenta del texto, acudiendo en los casos necesarios a la consulta de las mismas.

Para culminar la excelente edición, Labrador y Di Franco ofrecen unas láminas con la reproducción de algunos de los folios del manuscrito y, finalmente, incluyen dos apéndices. En el primero presentan una reproducción facsímil de los pliegos del *Romance de don Manuel, glosado por Padilla* con la glosa “Metida en gran confusión”, acompañado de un estudio previo del contenido y de sus fuentes y en el último se editan unas liras que Padilla compuso para el *Cancionero* de López Maldonado,

En definitiva, estamos ante una edición fruto de un trabajo muy coherente, riguroso, amplio y dilatado en el tiempo, lo que permite tener la perspectiva global y al mismo tiempo detallada del universo del poeta y recuperarlo e integrarlo en el legado poético del Renacimiento español.

Alberto RODRÍGUEZ DE RAMOS

*De la caduca edad cansada. Discursos y representaciones de la vejez en la España de los siglos XVI y XVII*, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, Crisoladas 3 (Revistadel CRISOL, 16/17), 2011.

El volumen recoge los trabajos del Centre de Recherches Interdisciplinaires sur la Siècle d'Or et la Littérature des XVIe et XVIIe siècles (CRISOL), fundado en

2004 por los profesores Nathalie Dartai-Maranzana, Emmanuel Marigno y Luc Torres, de la Universidad de Lyon, con la finalidad de reflexionar sobre la literatura y cultura de los siglos XVI y XVII desde los tres puntos de vista de sus especialidades: literatura, civilización e iconografía.

En este contexto, la selección de la vejez como objeto de la reflexión es algo verdaderamente acertado, toda vez que es aspecto que nos aparece con frecuencia a quienes estudiamos esta literatura, pero que pocas veces (honrosa excepción siguen siendo los artículos que dedicó al Lope viejo el llorado Juan Manuel Rozas) es objeto central del estudio.

Por eso mismo, llama la atención que la sección más larga del volumen (más de cien páginas) se dedique a volver sobre la vieja universal de nuestros Siglos de Oro: Celestina, y a repetir las características más evidentes y repetidas de ella: alcahueta, borracha, embaucadora..., sin avanzar sobre ellas más que en el último de los trabajos, que firma Anne-Hélène Pitel, en el que se analizan dichas características en las sucesoras de Celestina dentro de la amplísima literatura celestinesca.

Con todo, lo reiterativo de las páginas dedicadas a Celestina no empaña las interesantes aportaciones del resto del volumen, desde el curiosísimo y personalísimo juego textual de Nadine Ly en torno al soneto de Quevedo “Hermosísimo invierno de mi vida”, hasta el acertadísimo resumen final de M<sup>a</sup> Soledad Arredondo.

Como inicio del volumen la profesora Ly plantea un doble sentido del verso quevediano en el que no se alude a la vejez, sino a la frialdad de una amada llamada (ironía) Flora, y a la frecuencia con que el poeta madrileño acudió a unir imágenes de los campos semánticos del frío y el calor buscando la “exageración” que Gracián prefería cuando se mostraba “entre dos extremos”. En ello, la profesora Ly ve la fascinante posibilidad de que se vayan “desplazando las imágenes, las palabras y las figuras de la lengua petrarquista” para ir mostrando, no de forma directa y unívoca, claro está, la “posible, aunque sorprendente, belleza de la vejez”.<sup>8</sup>

Avanzando en el volumen, Christine Orobigt profundiza, y no poco, sobre la consideración de la vejez de la mujer y sus implicaciones brujeriles. Por su parte, Charo Moreno se acerca al desengañado final del cortesano Castillejo, el más castizo castellano de la corte vienesa, sin duda alguna, en la glosa final de sus trabajos “Tiempo es ya, Castillejo” en la que, a partir del romance “Tiempo es ya, el caballero”, el secretario imperial describe lo que la autora califica como un “tiempo de desesperanza, cansancio vital y decepción”,<sup>9</sup> un momento en el que, al enfrentarse a la vejez, los tópicos de la Antigüedad sobre la sabiduría acumulada, Cicerón en primer lugar, se deshacen: el deterioro físico no se ve acompañado de un aumento de la sabiduría.

---

<sup>8</sup> P. 27.

<sup>9</sup> P. 82.

Junto a ello, la autora muestra el cruce de esta nueva forma de entender le vejez con el menosprecio del espacio en el que ha transcurrido la vida del Castillejo: la corte, donde “al más activo nacen canas”, como dijera Fernández de Andrada y como ha comprobado, con dolor, pero también con humor, el poeta.

Isabelle Rouane Soupault profundiza en personaje tan controvertido como el rey Policarpo de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, viejo enamorado que pugna entre su pasión y el decoro que le exigen su edad y su estado. La autora detalla el trasfondo filosófico, esencialmente el neoplatonismo ficiniano, del que Cervantes reviste el episodio para mantener la dignidad del rey, consciente de lo grave y lo extemporáneo de su pasión, pero incapaz de resistirse a ella.

Emmanuel Marigno repasa el tránsito de Don Quijote desde el testamento original cervantino y la burla quevediana en “El testamento de don Quijote” hasta la ilustración que de este poema hiciera en 1987 François Maréchal, ilustrador francés de formación española. Marigno analiza la doble perspectiva ética y estética que se desprende de los dos trabajos, literario y gráfico.

En el cierre del volumen, M<sup>a</sup> Soledad Arredondo reflexiona sobre la doble visión del anciano en los siglos XVI y XVII: la burla que suscita su debilidad y la valoración de su experiencia a partir de textos de Fray Antonio de Guevara, Mateo Alemán, Quevedo, Castillo Solórzano o Antonio Enríquez Gómez.

Gerardo FERNÁNDEZ SAN EMETERIO

ARELLANO, Ignacio y Celsa Carmen GARCÍA VALDÉS (ed.) Francisco de Quevedo: *Teatro completo*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2011. ISBN 978-84-376-2733-5. 651 pp.

La faceta de dramaturgo de Quevedo es poco conocida, prueba de ello es que la edición definitiva de sus entremeses completos es tan reciente como 2011. Debemos agradecer a Ignacio Arellano y a Celsa Carmen García Valdés su interés por el tema y la publicación de esta importante investigación. Gracias a ella los lectores podemos disfrutar de las piezas teatrales de Francisco de Quevedo junto con un profundo estudio de su encuadre en la tradición del teatro breve del Siglo de Oro.

Es cierto que Quevedo no ha pasado a la historia por sus comedias y piezas breves sino, más bien, por su poesía y su prosa polémica. Sin embargo, el genial autor no dejó de contribuir al género teatral, escribiendo algunas piezas que, como afirma su biógrafo Pablo Antonio Tarsia, “se representaron con aplauso de todos” (pág. 17). Desde el siglo XVII ha permanecido semienterrada esta faceta de Quevedo, todo lo contrario que ocurre con su poesía moral, amorosa, burlesca o con sus escritos en prosa. En la introducción a la presente edición, Arellano explica que “suele la crítica negar a Quevedo la cualidad de dramaturgo, y, en efecto, no se